

BERRIAK

NOTICIAS

IV CONCURSO FOTOGRAFICO DE MONTAÑA DE IRUÑA

La Delegación Navarra de la E.H.M.E. y 10 Clubs de Iruña, organizan este concurso al que podrán presentarse diapositivas y fotografías en blanco y negro y color, con dimensiones mínimas de 18 x 24 y máximas de 30 x 40.

El plazo de admisión finaliza el día 24 de noviembre. Las obras se enviarán a Sección Montaña Anaitasuna - Apdo. 299 - 31080 Iruña.

La exposición se realizará del 10 al 14 de diciembre en los locales del C.D. Navarra - c./ Jarauta, 78.

PERMISOS PARA EXPEDICIONES

El Gobierno de Nepal anuncia los nuevos precios que regirán para la concesión de permisos para las montañas del reino. Serán los siguientes: Everest, 50.000 rupias; resto de montañas de más de 8.000 m., 40.000 rupias; de 7.501 a 8.000 m., 30.000 rupias; de 6.601 a 7.500 m., 20.000 rupias; y menos de 6.600 m., 10.000 rupias.

PRONOSTICO METEOROLOGICO SEMANAL PARA EL PIRINEO

Desde setiembre, el programa semanal que Radio Popular a través de sus emisoras de Loiola y Donostia dedica al montañismo (jueves a las 10 de la noche) ha incorporado un espacio, en colaboración con el Centro Meteorológico del Golfo de Bizkaia, adelantando el pronóstico meteorológico para el fin de semana en el Pirineo.

ULTIMA HORA: EXITO DE EXPEDICIONES CATALANAS

La expedición catalano-nepalí, dirigida por Lluís Bellvis, ha conseguido alcanzar la cima del Cho Oyu (8.153 m.) en dos ocasiones. El día 20 de setiembre lo hicieron Antonio Llasera y Carlos Vallés, junto a Shambu Tamang y el sherpa Ang Karma, y al día siguiente Jordi Pons con el francés Clemenson. El Cho Oyu es el quinto ochomil del montañismo catalán.

Unos días después, la expedición ligera compuesta por Nil Bohigas y Enric Lucas, ha ascendido la cara Sur del Annapurna Este (8.020 m.) por un nuevo itinerario. Como se recordará, éste fue el primer ochomil conseguido por los catalanes hace diez años.

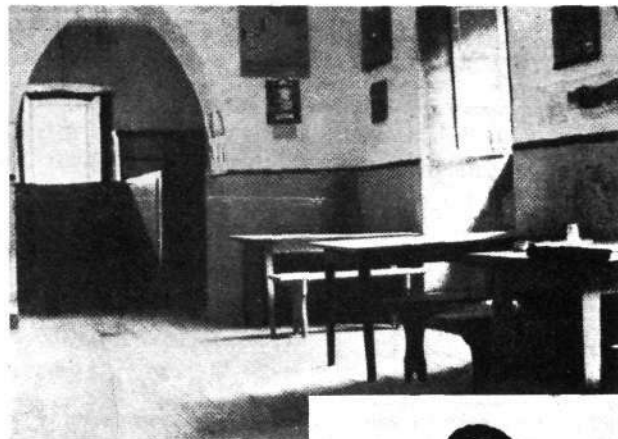
BIXENTE Y SU MUNDO, NOSTALGIAS PARA EL RECUERDO

Dicen en los valles pirenaicos que el viento frío del invierno se lleva a los viejos, pero esta vez ha sido una brisa del verano la que nos ha arrebatado a uno de los ancianos más entrañables y queridos del montañismo vasco. Bixente, el de Amezketa, Bixente sin apellidos, Bixente, sin más, se nos fue calladamente, sin estridencia alguna, con la misma sencillez que caracterizó toda su vida.

Quizás con él desaparece también una forma de hacer y entender la montaña. Una época en que Amezketa se convertía en la capital montañera de Gipuzkoa y Euskalherria. Unas jornadas en las que desde Casa de Bixente salían largas culebras de anoraks multicolores, serpenteando hacia todas las cumbres de Aralar.

Entre fiambresas y canciones

Ciertamente, resultaba chauvinista identificar a nuestra aldea de montaña con un «Zermatt vasco», o al Txindoki con «El Cervino de Euskalherria», como algunos pretendían, pero, en cambio, Bixente sí se asemejaba a la figura de aquellos viejos guardas de refugios alpinos que describían las novelas de Frison Roche. Los montañeros nunca fueron para él clientes que entraban en la taberna, sino amigos a los que recibía en su casa. Quizás cabría decir más: que las cuadrillas alegres que llenaban Ayerbe-enea fueron para Bixente su gran familia. Y como si de familiares suyos se tratara fue rellenando un álbum tras otro con fotografías de cuarenta años de generaciones de montañeros. Esos retratos, muchos amarilleados por el tiempo, se han convertido ya en una parte pequeña pero entrañable de nuestra pequeña historia, como historia es ya cada rincón de Ayerbe-enea, impregnada hasta los mientes de evocaciones montañeras. Allí han quedado, colgados de sus paredes, los carteles de las primeras expediciones vascas, los recuerdos a los que fueron dejando su vida en la montaña, las txapelas de homenajes, testimonios del cariño del montañismo vasco hacia este hom-



Interior del Albergue Bixente.

Pyrenaica 1955, n.º 3

El popular Bixente.



Nostalgias y añoranzas

bre que se sentía feliz entre canciones de montaña, fiambresas de tortilla y calcetines secando en el fogón. Bixente fue feliz de la forma en que sólo lo son los hombres buenos: haciendo felices a los demás.

Ha llegado el autobús de Tolosa. No más de cuatro montañeros jóvenes han bajado de él. Qué lejos parecen quedar aquellos viajes sobre la baca, o hacinados entre botas y mochilas, aquellas invasiones pacíficas de montañeros por las calles de Amezketa. Aquel ambiente es ya época pasada, un tiempo superado en la forma y en el estilo por nuevas concepciones de entender la montaña. Y quizás Bixente se marchó cuando entendió que su ciclo se había cumplido, que las tardes alegres de domingo en Ayerbe-enea ya no serían más que pura añoranza.

Una casa sin alma

En esta mañana de otoño, tras la puerta de Ayerbe-enea no he escuchado el canto de orfeones improvisados, ni el tintineo de los vasos sobre las mesas de uralita. No ha llegado hasta mí el resonar de las botas cargadas de barro y agua sobre la tarima de madera, ni el murmullo de conversaciones entrecruzadas. Hoy, frente a la puerta de la que fue la casa de todos los montañeros, sólo he escuchado la cadencia del silencio. Hoy, desde el lugar que tantas veces fue arranque y final de mis excursiones, he sabido que las casonas de piedra también pueden tomar vida, ser algo más que materia mineral, si hay dentro de ellas un alma que convierte sus paredes en abrigo, sus asientos en reposo y su cocina en hogar.

Ya no puede decirse que, desde las barrancas de Arritzaga y Urzabal, desde los collados de Errekonta y Egurrall, desde las cimas de Ganbo y Txindoki, todos los caminos llevan a Casa de Bixente, pero en la memoria de los montañeros vascos a quienes tanto quiso y tanto le quisieron, como en la vieja parroquia de Amezketa, arderán para siempre las argizaiolas del recuerdo.

Antxon Iturriza